

NOTICE: This material may be protected by copyright law.

15

MOVIMIENTOS SOCIALES EN RED: MOVIMIENTOS  
GLOBALES POR UNA JUSTICIA GLOBAL

*Jeffrey S. Juris*

Las estructuras descentralizadas en red, facilitadas por la velocidad, adaptabilidad y flexibilidad que les otorgan las nuevas tecnologías de la información, están haciendo la competencia a las formas más tradicionales de jerarquías verticales. En ningún lugar resulta tan clara esta tendencia como en el ámbito de la acción colectiva, donde los movimientos sociales transnacionales reflejan la amplia lógica descentralizada del informacionalismo, incluso cuando atacan las raíces del capitalismo informacional. Desde que irrumpieron en escena en Seattle, en 1999, y a través de sucesivas protestas basadas en la acción directa contra instituciones multilaterales y en foros alternativos alrededor del mundo en lugares como Praga, Quebec, Génova, Barcelona y Porto Alegre, los movimientos antiglobalización empresarial han supuesto un desafío frente a las desigualdades globales al tiempo que sacaban a la luz nuevas luchas. Los más adecuadamente denominados «movimientos por la justicia global» —los activistas están en realidad construyendo una globalización alternativa desde abajo— implican una política de articulación, reuniendo a una amplia red de redes contrarias a la creciente influencia de las grandes empresas en nuestras vidas, comunidades y recursos. Los movimientos por la justicia global pueden considerarse como signos indicativos de un déficit democrático en los regímenes emergentes de

gobierno transnacional, así como laboratorios sociales para la producción de prácticas, códigos y valores alternativos.

Inspirados por los *zapatistas* y anteriores luchas contra el libre comercio, el ajuste estructural y la destrucción ambiental, los activistas por la justicia global han hecho un uso innovador de las redes informáticas globales, de la política informacional y de las formas organizativas basadas en la red. Algunos teóricos han señalado la aparición de «guerras en red» globales (Arquilla y Ronfeldt, 2001) o la emergencia de un «tejido electrónico de lucha» (Cleaver, 1995), pero esas amplias descripciones nos dicen poco sobre la práctica concreta de redes, o sobre cómo se generan dichas prácticas. Manuel Castells (1997: 362) ha identificado «una forma de organización y de intervención descentralizada y estructurada en red, característica de los nuevos movimientos sociales, que refleja y contrarresta la lógica en red de dominación presente en la sociedad de la información». No obstante, los estudiosos aún deben explorar los mecanismos específicos a través de los cuales esta lógica descentralizada en red se produce, se reproduce y se transforma en la realidad mediante la práctica de activistas concretos dentro de determinados contextos sociales, culturales y políticos<sup>1</sup>.

Inspirado por Frederic Jameson (1991), que se refiere al postmodernismo como la lógica cultural del capitalismo tardío, y por Aihwa Ong (1999), que examina un tipo específico de lógica cultural del capitalismo tardío, la transnacionalidad, introdujo la denominación «lógica cultural de las redes» como una manera de concebir los principios orientativos generales, modelados por la lógica del capitalismo informacional, interiorizados por los activistas y que generan prácticas de red concretas<sup>2</sup>. Esta lógica implica un conjunto específico integrado por disposiciones culturales y sociales que orientan al actor hacia: (1) la construcción de vínculos y conexiones horizontales entre diversos elementos autónomos; (2) la circulación libre y abierta de información; (3) la colaboración a través de una coordinación descentralizada y una toma de decisiones mediante democracia directa; y (4) la práctica de redes autodirigidas o autogestionadas (Castells, 2001: 55). La lógica cultural de las redes refleja los valores y prácticas asociados con el desarrollo de programas de software de «código abierto», incorporados a sistemas operativos como LINUX o la World Wide Web. Por tanto, forma parte de una «ética hacker» más amplia estudiada por Himanen (2001), basada en los valores de la libre información, la coordinación descentralizada, el aprendizaje cooperativo, la ausencia de jerarquía y el servicio social. De cualquier modo, esta lógica de redes representa un modelo ideal, ya que en realidad su distribución es desigual y siempre existe una tensión dinámica con otras lógicas que compiten con ella, lo que a menudo crea una compleja «política cultural de redes» dentro de determinadas esferas<sup>3</sup>.

Este capítulo estudia las dinámicas de redes dentro de los movimientos para la justicia global principalmente en tres niveles analíticos: las redes como infraestructura informática (tecnología), las redes como estructura organizativa (forma) y las redes como modelo político (norma), así como las complejas interrelaciones que se producen entre ellos<sup>4</sup>. Las redes globales de comunicación constituyen la infraestructura básica de los movimientos sociales transnacionales, y proporcionan el terreno para la producción, contestación y difusión de prácticas y discursos específicos relacionados con el movimiento (Diani, 1995). A su vez, estas redes se crean y se transforman a través de los discursos y las prácticas que circulan por ellas (véase Mische, 2003). Además, más allá del nivel de morfología social, las redes están cada vez más relacionadas con valores asociados con la democracia participativa de base, la autogestión, las conexiones horizontales y la coordinación descentralizada basada en la autonomía y la diversidad. De este modo, la red se ha convertido en un ideal cultural poderoso, particularmente entre los activistas por la justicia global más radicales, una lógica que proporciona directrices para la creación de modelos emergentes de democracia política directa a escala local, regional y global<sup>5</sup>.

### *El nacimiento de los movimientos por la justicia global*

Cerca de 50.000 personas tomaron las calles para protestar contra la globalización empresarial en la reunión de la Organización Mundial de Comercio (OMC) en Seattle, el 30 de noviembre de 1999. Una coalición variada de ecologistas, sindicalistas y activistas a favor de la justicia económica consiguió cancelar el encuentro y evitar una nueva ronda de conversaciones para la liberalización del comercio. Las imágenes de marionetas gigantes, gas lacrimógeno, y choques entre manifestantes y policía retransmitidas a todo el mundo colocaron en el centro de la opinión pública a la OMC y a una nueva forma de acción colectiva. Seattle se convirtió en un símbolo y en un grito de batalla para toda una nueva generación de activistas, a medida que se gestaban redes contra la globalización empresarial por todo el planeta. Diferentes redes y procesos históricos convergieron en Seattle, creando un nuevo modelo de protesta social que implicaba la acción directa, los foros organizados por ONG, manifestaciones y concentraciones sindicales, medios de comunicación independientes, y la articulación del activismo por la justicia económica, ecologista, feminista, sindicalista y de solidaridad internacional.

Los activistas por la justicia global hacen remontar su genealogía indistintamente a la insurgencia *zapatista*, las campañas contra el Tratado de Libre

Comercio de América del Norte (TLC) y el Acuerdo Multilateral de Inversiones (AMI), el activismo estudiantil contra las empresas multinacionales, y la acción directa radical de inspiración anarquista, reuniendo tradiciones de lucha procedentes de Estados Unidos, Gran Bretaña, Italia y Alemania, entre otras. En realidad, Seattle fue el tercer Día de Acción Global coordinado a través de la red People's Global Action (PGA), fundada en 1998 por movimientos de base que habían participado en el segundo Encuentro Intercontinental por la Humanidad y Contra el Neoliberalismo, de inspiración *zapatista*, organizado un año antes en España<sup>6</sup>. Cuando estas diversas trayectorias históricas se unieron, el resultado fue un fenómeno completamente nuevo, que superó a la suma de sus partes.

Por un lado, la «Batalla de Seattle», presentada como la imagen del día en horas de máxima audiencia (Deluca, 1999), fue retransmitida una y otra vez por los medios globales (Appadurai, 1996), capturando por igual la imaginación de veteranos activistas y potenciales revolucionarios postmodernos. Por otro lado, los activistas siguieron los acontecimientos en Seattle y en otros escenarios a través de Internet, mediante listas de distribución, sitios web y el recién creado Independent Media Center<sup>7</sup>. Pronto surgieron nuevas redes, como la Red de Acción Directa Continental (DAN) en Norteamérica<sup>8</sup>, o el Movimiento por la Resistencia Global (MRG) en Cataluña<sup>9</sup>, donde se ubicó mi propio trabajo de campo, mientras que otras redes ya existentes como PGA, el Movimiento Internacional para el Control Democrático de los Mercados Financieros y sus Instituciones (ATTAC), o Vía Campesina, desempeñaban papeles decisivos durante estas primeras etapas de formación. Aunque las redes difusas, descentralizadas y multi-canales, como DAN o MRG, resultaron difíciles de sostener con el paso del tiempo, proporcionaron mecanismos concretos para la creación de comunicación física y virtual y para la coordinación en tiempo real entre los diversos movimientos, grupos y colectivos.

Los movimientos por la justicia global han crecido enormemente y se han expandido en la organización de movilizaciones de masas, incluyendo acciones directas de fuerte oposición y foros alternativos contra instituciones multilaterales. Las protestas contra la OMC supusieron un enorme triunfo, y los activistas de todas partes querían crear el «próximo Seattle». Las movilizaciones de masas ofrecen objetivos concretos para organizarse, a la vez que proporcionan espacios físicos donde se encuentran los activistas, se da cuerpo a las redes virtuales, se crean y se rebaten significados e identidades, y se representan ritualmente valores políticos. Los acontecimientos públicos pueden considerarse de forma general como «focos culturales para el procesamiento de información» (Handelman, 1990: 16), mientras que la acción directa, en

concreto, genera intensa energía emocional (Collins, 2001), que estimula el trabajo continuado de las redes en la esfera pública y la sumergida. Los activistas organizaron una segunda protesta masiva contra el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional (FMI) en Washington, DC el 16 de abril de 2000, y pasaron a la acción auténticamente global durante la subsecuente movilización contra el Banco Mundial y el FMI en Praga, el 26 de septiembre de 2000. Acudieron manifestantes de toda Europa, incluyendo grandes contingentes de España, Italia, Alemania y Gran Bretaña, y de otras partes del mundo, como Estados Unidos, Latinoamérica y Sur de Asia. Se celebraron actos de solidaridad en ciudades de toda Europa, América del Norte y del Sur y partes de Asia y África<sup>10</sup>.

El primer Foro Social Mundial (FSM), organizado en Porto Alegre, Brasil, a finales de enero de 2001, coincidiendo con el Foro Económico Mundial, representó un hito importante, ya que los movimientos para la justicia global comenzaron a presentar más claramente alternativas a la globalización empresarial<sup>11</sup>. El inesperado éxito de este primer Foro Social aumentó en las dos ediciones subsiguientes, que juntaron respectivamente a 70.000 y 100.000 personas de todo el mundo. Mucho más que una conferencia, el Foro Social Mundial constituye un proceso dinámico, que implica la convergencia de múltiples redes, movimientos y organizaciones. Así como el PGA mantiene su carácter más radical, horizontal y libertario en términos generales<sup>12</sup>, el Foro Social Mundial es un espacio político más amplio, que da cabida a los movimientos más recientes, descentralizados y basados en redes, y a las fuerzas de la izquierda tradicional, más jerarquizadas. Mientras tanto, las acciones de masas continuaron intensificándose y expandiéndose a lo largo de la primavera y el verano de 2001, incluyendo las protestas contra el ALCA (Área de Libre Comercio de América) en Quebec, y acciones cada vez más militantes contra la Unión Europea en Gothenburg, contra el Banco Mundial en Barcelona, y contra la cumbre del G-8 en Génova, donde la violencia generalizada de la policía culminó en la muerte de un activista italiano y en una brutal incursión nocturna en el Centro de Medios Independientes. Las protestas masivas del día siguiente echaron a las calles de Génova a 350.000 manifestantes, y a cientos de miles más en toda Italia.

Los movimientos por la justicia global con sede en Estados Unidos, que fueron gravemente afectados por los ataques del 11-S, renacieron cuando los activistas desviaron su atención de la guerra de Irak y retomaron la lucha contra la globalización empresarial, consiguiendo movilizaciones masivas contra la OMC en Cancún y contra la cumbre del ALCA en Miami, en el otoño de 2003. En el resto del mundo, las movilizaciones continuaron en aumento tras el 11-S, incluyendo una marcha de medio millón de personas contra la

Unión Europea en Barcelona, en marzo de 2002, y una protesta masiva en la que participaron más de 30.000 personas en Quito, Ecuador, contra el ALCA, en octubre de 2002. El movimiento por la justicia global y el que se oponía a la Guerra de Irak pronto se unieron, fructificando en una protesta contra la guerra de más de un millón de personas en Florencia, durante el Foro Social Europeo, en noviembre 2002. Mientras tanto, la tercera edición del Foro Social de Porto Alegre reunió a 100.000 participantes en enero 2003. En junio de ese mismo año, cientos de miles de activistas pacifistas y por la justicia global descendieron sobre la frontera entre Francia y Suiza para protestar contra la cumbre fuertemente militarizada del G-8 en Evian.

### *Dinámicas de oposición en la era de la información*

En su obra *El poder de la identidad*, Manuel Castells (1997) señala la aparición de poderosas identidades comunales de resistencia surgidas en oposición a la globalización económica, la reestructuración capitalista y la alteración causada por los flujos financieros y culturales globales, todos ellos rasgos importantes de la era de la información. También ofrece otra posibilidad: que de la resistencia puedan surgir los brotes de un proyecto de identidad, capaz de generar códigos culturales alternativos que siembren las semillas de una sociedad civil global. En este sentido, los movimientos por una justicia global representan el (re)nacimiento de un proyecto político alternativo basado en la articulación de diversas luchas locales y globales contra la coyuntura forjada por la globalización empresarial. Sin embargo, más allá de la creación de códigos culturales alternativos, los activistas están generando nuevas formas y prácticas en red que permiten la creación de redes de resistencia global, a la vez que ofrecen modelos diferentes para la creación de una sociedad alternativa, más democrática y configurada globalmente en red. Los movimientos por la justicia global pueden, por tanto, caracterizarse según tres aspectos específicos, que están más vagamente asociados con la naturaleza del capitalismo informacional.

En primer lugar, los movimientos por la justicia global son *globales*. Coordinados y comunicados a través de redes transnacionales, los activistas se han comprometido en política institucional, como las campañas globales para derrotar al Acuerdo Multilateral de Inversiones, o abolir la deuda externa, y en estrategias extra-institucionales, como la coordinación de los Días de Acción Global, foros internacionales y distribución de información a través de las fronteras. Aún cobra mayor importancia el hecho de que los activistas *se consideren a sí mismos* como miembros de movimientos globales, vinculando

en su discurso sus protestas y actividades locales con luchas diversas en otras partes. Los movimientos por la justicia global han surgido como campos de significados transnacionales, en donde las acciones, imágenes, discursos y tácticas fluyen de uno a otro continente mediante redes de comunicación mundiales en tiempo real<sup>13</sup>. Algunos han objetado que estos movimientos están restringidos a jóvenes de clase media con conexión a Internet y recursos para viajar. Esto es bastante cierto para los sectores orientados a la acción directa contra las principales líneas de poder transnacional, que suelen estar compuestos por jóvenes y situados en «ciudades globales» principales o secundarias (Sassen, 1991). Pero no deberíamos confundir a este sector de jóvenes radicales con el total del movimiento. Contingentes importantes de redes indigenistas y campesinas procedentes del sur han tomado parte en las acciones contra la globalización, y colectivos como el brasileño Movimiento de los Sin Tierra, o los Granjeros del Estado Karnataka de la India, han desempeñado un papel decisivo en el PGA, que ha celebrado conferencias en India y Bolivia, y en el Foro Social Mundial, celebrado en Brasil y la India. Además, los movimientos del sur se han organizado desde hace décadas contra el libre comercio, el ajuste estructural, la destrucción ambiental y la explotación empresarial.

En segundo lugar, los movimientos por la justicia global son *informativos*. Todas las diferentes tácticas de protesta empleadas por los activistas, a pesar de surgir de contextos culturales muy diferentes, producen imágenes muy visibles, teatrales, para el consumo de los medios de masas, como marionetas gigantes y teatro de calle, charangas («Reclaim the Streets»), manifestantes uniformados de blanco, con escudos protectores y ropa acolchada («Monos blancos») avanzando hacia un cordón policial, y guerreros urbanos de negro y enmascarados rompiendo los símbolos del capitalismo corporativo («Black Bloc»)<sup>14</sup>. La estrategia de bloqueo general, en la que diversas formaciones «enjambran» a su objetivo (Arquilla y Ronfeldt, 2001), imprimiendo de significado a la resistencia urbana (Routledge, 1994) mediante formas alternativas de praxis política produce realmente un potente drama social. Ya sean bailarines de samba itinerante vestidos de rosa y plata, miles de «muñecos *michelin*» avanzando hacia la «zona roja», o escaramuzas entre *robocops* y manifestantes encapuchados con tirachinas, las acciones de masas son acontecimientos que proporcionan imágenes poderosas. De esta forma, la protesta militante se convierte en otro modo de comunicación simbólica, mientras las tácticas circulan entre las redes globales, donde son reproducidas, transformadas y potenciadas en lejanos escenarios. Además, el proceso horizontal de democracia directa del que parten estas acciones, que implica una coordinación descentralizada entre grupos de afinidad autónomos, así como

la ética de «diversificación de tácticas» predominante entre muchos activistas, personifican a la lógica cultural global de la propia red.

Por último, los movimientos por la justicia global están organizados en torno a *redes* flexibles y descentralizadas, reflejando la lógica organizativa dominante del capitalismo de la era de la información. En la práctica, están compuestos por una multiplicidad de diferentes estructuras en red, entre las que se incluyen modelos «circulares» más jerárquicos, formaciones en «rueda» intermedias y las configuraciones «multi-canales» más descentralizadas (Kapferer, 1973: 87)<sup>15</sup>. Los modelos alternativos en red implican lógicas culturales divergentes, que a menudo conducen a una compleja política cultural de redes cuando las diferentes lógicas interactúan dentro de amplios espacios de convergencia. Las redes activistas globales a tiempo real son posibles gracias a la aparición de nuevas tecnologías de la información, especialmente Internet, que permiten una «política de escala» basada en la coordinación y la comunicación directas entre unidades autónomas a pequeña escala, sin necesidad de estructuras jerárquicas intermediarias como los partidos políticos o los sindicatos tradicionales. Las diferentes luchas con raíces locales pueden ahora relacionarse directamente, estructurándose en torno a objetivos comunes sin necesidad de comprometer su autonomía o su especificidad, que es precisamente lo que quieren decir los activistas por la justicia global cuando hablan de «unidad en la diversidad». Además, como veremos, las redes están surgiendo también como un ideal cultural en ciertos sectores, lo que supone nuevas formas descentralizadas de hacer política y de ejercer la democracia directa, que reflejan los valores tradicionales del anarquismo y la lógica de las redes informáticas.

### *Redes informáticas y movimientos por la justicia global*

Al mejorar significativamente la velocidad, la flexibilidad y el alcance global de los flujos de información, permitiendo la comunicación a distancia en tiempo real, las redes informáticas proporcionan la infraestructura tecnológica para el funcionamiento de las formas sociales y organizativas contemporáneas basadas en redes. En referencia a las redes sociales más en general, Barry Wellman ha afirmado que «las redes sociales informáticas» están transformando profundamente la naturaleza de las comunidades y las relaciones sociales e interpersonales (Wellman, 2001; cfr. Castells, 2001: 129-133). Aunque la proliferación de redes comunitarias fragmentarias, escasamente vinculadas y cada vez más individualizadas precedió al ciberespacio, las comunicaciones mediante ordenador han reforzado dicha tendencia, permitiendo que las co-

munidades mantengan interacciones a través de grandes distancias<sup>16</sup>. Además, Internet está incorporándose a aspectos más cotidianos de la vida social diaria (Wellman y Haythornthwaite, 2002) a medida que las actividades virtuales y físicas se van integrando gradualmente (Miller y Slater, 2000; Wellman, 2001). A pesar de la menguante, aunque todavía formidable, brecha digital, Internet facilita la conectividad global, incluso cuando refuerza los vínculos locales dentro del vecindario, conduciendo a una creciente «glocalización» (Wellman, 2001: 236; cfr. Robertson, 1995).

Se pueden registrar tendencias similares en el ámbito de la actividad política, donde el uso de Internet, incluyendo las listas de distribución electrónica y las páginas web interactivas, ha facilitado ampliamente nuevas pautas de participación social. Los movimientos por la justicia global pertenecen a una clase específica de redes sociales informáticas: *los movimientos sociales informáticos*. Mediante la utilización de Internet como infraestructura tecnológica, tales movimientos son cada vez más «glocales», actuando en el ámbito local y en el global, a la vez que participan en la actividad política tanto dentro como fuera de Internet. Los *zapatistas* fueron importantes precursores a este respecto: aunque sus raíces estaban en las comunidades indígenas mayas de Chiapas, los *zapatistas* usaron Internet para comunicarse con una red global de colectivos de solidaridad (Cleaver, 1995; Castells, 1997: 72-83; Ronfeldt y otros, 1998; Routledge, 1998).

A partir del uso pionero de Internet por los *zapatistas* y las primeras campañas contra el libre comercio, como la victoriosa batalla contra el AMI, los activistas por una justicia global han empleado las redes informáticas para organizar acciones directas, compartir información y recursos, y coordinar campañas mediante la comunicación a distancia en tiempo real. Por ejemplo, la efervescencia electrónica que acompañó la organización de las protestas de Seattle rápidamente se trasladó a una nueva lista de distribución de ámbito nacional tras la acción contra la OMC, para coordinar las movilizaciones contra el Banco Mundial y el FMI en Washington, DC en abril de 2000, y otras nuevas listas de distribución fueron creadas poco después para planificar las movilizaciones del verano de 2000 contra las convenciones republicana y demócrata en Filadelfia y Los Ángeles respectivamente. Mientras tanto, los activistas con base en Europa establecieron una serie de listas de distribución en lengua inglesa a comienzos de mayo de 2000 para preparar las acciones del 26 de septiembre contra el Banco Mundial y el FMI en Praga. La primera lista de distribución antiglobalización en lengua española se estableció por las mismas fechas para coordinar acciones de solidaridad local por toda Latinoamérica, especialmente entre anarquistas y radicales de México, Brasil y Argentina. Más tarde, ese mismo mes, activistas de Barcelona establecieron

la primera lista de distribución del Estado español para organizar los actos de Praga. Desde entonces, las listas de distribución de justicia global han brotado en casi todos los países del mundo, especialmente donde se han organizado acciones y campañas locales. El uso de Internet ha complementado y facilitado la coordinación y la interacción en persona, en vez de reemplazarlas. Los activistas usan listados de distribución para permanecer informados sobre actividades y para realizar tareas logísticas concretas, mientras que la planificación más compleja, el debate político y la construcción de relaciones tienen lugar durante los encuentros físicos, en los que toman cuerpo las redes virtuales.

Aunque los activistas por una justicia global han utilizado fundamentalmente listas de direcciones electrónicas para facilitar la planificación y coordinación, las páginas web interactivas se están extendiendo cada vez más. Las redes activistas particulares —como PGA, el Foro Social o ATTAC— tienen sus propios sitios web, y se crean páginas web temporales para suministrar información, recursos y listas de contacto durante las movilizaciones, para enviar documentos y llamamientos a la acción y, cada vez más, para crear foros y chats de discusión a tiempo real desde los propios hogares<sup>17</sup>. Los proyectos de redes activistas, como el «Infoespacio» en Barcelona, han comenzado también a producir y editar colectivamente documentos virtuales utilizando nueva tecnología de edición abierta «wiki», lo que refleja un crecimiento más general en la colaboración en red basada en la informática<sup>18</sup>. De modo similar, los centros de medios independientes, establecidos en cientos de ciudades de todo el mundo, ofrecen foros virtuales para que los activistas envíen sus propias noticias, constituyendo una red de comunicaciones autogestionada que puentea los medios de comunicación empresariales<sup>19</sup>. Además, los activistas crean centros de convergencia temporales, espacios mediáticos y centros de comunicación durante las movilizaciones y los foros, que proporcionan espacios físicos para la práctica de «utopías informativas», que incluyen la producción de medios alternativos, la experimentación con tecnologías de ordenador y vídeo, y el intercambio de ideas y recursos<sup>20</sup>. Los activistas están usando las nuevas tecnologías para plasmar físicamente sus ideales políticos en ámbitos más temporales y más duraderos.

### *Prácticas y formas organizativas en red*

Internet no sólo proporciona la infraestructura tecnológica a los movimientos sociales, sino que su estructura reticulada refuerza su lógica organizativa. Las redes locales/globales de activistas, descentralizadas y flexibles constituyen las

formas organizativas dominantes dentro de los movimientos por la justicia global, reflejando la lógica global del capitalismo informacional. Los teóricos del Nuevo Movimiento Social han defendido desde hace tiempo que, al revés que los movimientos obreros verticales y centralizados, los nuevos movimientos feministas, ecologistas y estudiantiles se organizan en redes flexibles, dispersas y horizontales (Cohen, 1985). Mario Diani (1995), por otro lado, define de forma más general a los movimientos sociales como formaciones en red. En un sentido similar, los antropólogos Luther P. Gerlach y Virginia H. Hine (1970) afirmaron hace años que los movimientos sociales deberían definirse como descentralizados, segmentarios y reticulados. Gerlach (2001: 295-96) ha sugerido más recientemente que «los diferentes grupos de un movimiento [...] forman una red integrada o estructura reticulada a través de lazos sociales no jerárquicos entre participantes [...] Las redes permiten a los participantes de los movimientos intercambiar información e ideas y coordinar la participación en la acción conjunta». Sin embargo, la introducción de las nuevas tecnologías de la información ha reforzado significativamente las configuraciones reticulares multi-canales más radicalmente descentralizadas, facilitando enormemente la coordinación y la comunicación transnacional entre los movimientos sociales contemporáneos.

Las estructuras en red se están difundiendo rápidamente, a medida que las nuevas tecnologías impulsan la expansión de los movimientos sociales informatizados con conexión global aunque con raíces locales. Éstos se organizan cada vez con más frecuencia en torno a modelos multi-canales muy flexibles y no en formaciones políticas verticales tradicionales. Los movimientos por la justicia global en Cataluña, por ejemplo, nacieron y se expandieron con la aparición de redes de activistas muy difusas, flexibles y descentralizadas. El Movimiento por la Resistencia Global (MRG), que se movilizó en torno a las protestas en Praga y posteriormente se convirtió en una referencia importante dentro del panorama anti-globalización del Estado español, fue concebido inicialmente como «una red de personas y colectivos en contra de la globalización económica y el pensamiento unitario [...] un instrumento para dotar a las luchas locales de contenido y extensión globales»<sup>21</sup>. Los activistas deseaban crear un mecanismo flexible para la comunicación y coordinación entre diversas luchas locales, incluyendo a ecologistas, *okupas*, simpatizantes zapatistas, activistas solidarios contra la deuda externa y oponentes de la Unión Europea. En vez de usar una estructura centralizada y vertical de mando, los activistas preferían la coordinación laxa y flexible entre grupos autónomos dentro de una estructura mínima que supone asambleas periódicas, comisiones logísticas para tareas concretas, como finanzas o comunicación con los medios, y diferentes áreas de proyectos, incluyendo un observatorio

de los movimientos sociales y el intercambio de recursos. En la práctica, el MRG a menudo se disolvía en campañas más amplias, pero se mantenía como un espacio efectivo para compartir recursos e información, generando análisis y discurso, e inspirando de modo más general lo que los activistas consideraban una nueva forma de acción política basada en «trabajar como una red, mediante asambleas horizontales, y con autonomía local para llegar a las personas con un estilo más abierto y menos dogmático» (entrevista, 30 de mayo, 2002). Al revés que las tradicionales fuerzas de la izquierda, se favorecía la participación abierta por encima de la representación: «MRG es un movimiento “sin miembros”; la afiliación [...] produce estructuras estáticas y un sentimiento de pertenencia patente y marcado, y no prolijo»<sup>22</sup>.

Muchos participantes del Movimiento por la Resistencia Global eran miembros activos de redes regionales y globales mayores, especialmente del PGA, que representa una estructura muy difusa multicanal que supone la coordinación y comunicación entre diferentes luchas locales de todo el mundo. A causa de la falta de recursos y las diferencias culturales, la coordinación transnacional sobre campañas concretas ha resultado difícil en el PGA, aunque las conferencias globales y las listas de distribución han facilitado el intercambio de experiencias e información, a la vez que inspiraban muchos Días de Acción Global. En el ámbito regional, la participación de las organizaciones de base ha sido mucho más efectiva, particularmente en Europa, donde el MRG ha servido de «co-convocante» continental. Como el MRG, el PGA no cuenta con miembros formales, y su propósito es ofrecer un instrumento de coordinación y contribuir a que «el mayor número de personas y de organizaciones actúen contra la dominación empresarial mediante la desobediencia civil y acciones constructivas orientadas a las personas»<sup>23</sup>. Cualquier persona o colectivo puede participar mientras suscriba los principios básicos, que incluyen: un claro rechazo al capitalismo y a todos los sistemas de dominación, una postura de confrontación, un llamamiento a la acción directa y la desobediencia civil, y una filosofía organizativa «basada en la descentralización y la autonomía»<sup>24</sup>. En vez de un comité coordinador centralizado, cada continente selecciona sus propios «convocantes» para organizar rotativamente las conferencias regionales y globales, asumir tareas logísticas, y facilitar los mecanismos de comunicación con la ayuda de diferentes grupos de apoyo. En septiembre de 2002, la asamblea del PGA europeo decidió organizar una red descentralizada de «puntos de información» con el fin de adquirir mayor visibilidad y promover las luchas, actividades y valores de los colectivos participantes.

En movimientos tales como el MRG o el PGA, la lógica cultural de la red ha dado paso a lo que los activistas de base en Barcelona llaman «nueva

forma de hacer política». Con ello se refieren precisamente a esas estructuras reticulares de organización y práctica política basadas en formas no jerárquicas, coordinación horizontal entre grupos autónomos, acceso abierto, participación directa, toma de decisiones por consenso, y el ideal de la circulación libre y abierta de información (aunque esto no siempre se lleva a cabo en la práctica). Mientras que la lógica de mando de los partidos y sindicatos tradicionales se basa en la captación de nuevos miembros, el desarrollo de estrategias unitarias, la representación política mediante estructuras verticales y la búsqueda de hegemonía, la política basada en redes implica la creación de amplios espacios que actúen como aglutinador para la convergencia de organizaciones, colectivos, y redes diversas en torno a unos cuantos principios básicos, a la vez que mantienen su autonomía y su identidad particular. En vez de la captación de afiliados, el objetivo pasa a ser la expansión horizontal y la «conectividad» reforzada, mediante la articulación de los diversos movimientos con estructuras informativas flexibles y descentralizadas que permitan la máxima coordinación y comunicación. Siguiendo esta lógica reticular, los principales activistas se convierten en transmisores e intercambiadores, creando prácticas concretas que suponen la recepción, interpretación y transmisión de información a los diferentes nodos del movimiento y entre redes de movimientos alternativos.

Parafraseando a Diane Nelson (1999), que emplea el término «hacker maya» para definir a los activistas mayas comprometidos con el activismo cultural y las redes transnacionales, los activistas por la justicia global podrían considerarse «hactivistas», que crean prácticas de redes innovadoras siguiendo la lógica cultural de la red. Como los hackers informáticos, los *hactivistas* reciben, combinan y recombinan códigos culturales, en este caso, significadores políticos, compartiendo y haciendo circular libremente información sobre proyectos, movilizaciones, estrategias, tácticas e ideas a través de las redes de comunicación global. Estos *hactivistas* buscan mejorar la conectividad de los movimientos sociales, ensanchando y diversificando las redes a través de la distribución abierta de información. Por ejemplo, un miembro de la red de apoyo al PGA, el hijo de un exiliado chileno que creció en Alemania junto a la frontera francesa, remarcaba el valor del «dominio de múltiples lenguas» y de la «flexibilidad cultural» para contribuir con el grupo, señalando la importancia tanto de recombinar los códigos como de conectar a la gente a través de la diversidad y la diferencia. Un activista de Barcelona, reconocido por ser un transmisor e intercambiador social importante, desarrolló un sistema para enviar instantáneamente mensajes a cientos de listas de distribución de todo el mundo. Visiblemente acalorado, exclamó un día «¡Ahora puedo llegar a miles de activistas con sólo tocar un botón cada vez que queremos comunicar algo importante!».

No obstante, la lógica de redes está desigualmente distribuida en los movimientos por la justicia global y con frecuencia genera una fiera resistencia. Las estructuras y el funcionamiento en red prevalecen más entre ciertos sectores, y el discurso de redes abiertas puede servir también para ocultar otras formas de dominación y exclusión basadas en el acceso desigual a las tecnologías de comunicación o al control de los flujos de información. En realidad, estos temas suelen provocar controversias cruciales entre activistas. Como comentaba un activista de la India en Porto Alegre, «no basta con hablar de redes, también debemos hablar de democracia y de la distribución interna de poder en ellas». Una determinada lógica cultural existe siempre en tensión dinámica con otras lógicas alternativas, e incluso cuando determinadas prácticas culturales adquieren predominancia dentro de un espacio social concreto, nunca logran una hegemonía completa. Lo que muchos observadores consideran un único movimiento unificado por la justicia global, es en realidad un conjunto de redes de movimientos sociales competidores, aunque a veces sean coincidentes, que difieren en función del tema tratado, la subjetividad política, el marco ideológico, la cultura política y la lógica organizativa.

Los movimientos sociales son campos culturales complejos atravesados por diferencias y contiendas internas. Las luchas entre las diferentes redes de movimientos modelan en gran parte la creación de redes específicas, la manera en que se desarrollan, y cómo se relacionan unas con otras dentro del terreno de los movimientos sociales globales. Las luchas culturales sobre ideología (antiglobalización frente a anticapitalismo), estrategias (organización intermitente en cada cumbre frente a organización permanente), tácticas (violencia frente a no-violencia), así como sobre la forma de organización y la toma de decisiones (estructura frente a no estructura, consenso frente a votaciones) —lo que yo denomino la política cultural de las redes— se han convertido en rasgos persistentes del panorama de la justicia global. En realidad, la ubicuidad de los debates y discusiones relacionados con el movimiento, en foros virtuales y reales, incluyendo la incesante producción y circulación de documentos, reflexiones, editoriales y llamadas a la acción, muestran una naturaleza muy «reflexiva» de las redes contemporáneas de movimientos sociales (véase Giddens, 1991; Beck y otros, 1994). Algunos de los conflictos más intensos giran alrededor de la cultura política y la forma de organización. Los movimientos más recientes, como el MRG y el PGA, se caracterizan por la lógica de redes, mientras que los más tradicionales, como partidos políticos y sindicatos, suponen lógicas de mando y estructuras verticales. Los razonamientos discrepantes producen a menudo acaloradas discusiones entre los activistas, al abrigo de los movimientos por la justicia global, tales como

las campañas «unitarias» contra el Banco Mundial o la Unión Europea en Barcelona, o el proceso del Foro Social Mundial a escala local, regional o transnacional.

### *La red auto-generada como ideal político emergente*

La expansión y diversificación de las redes es mucho más que un objetivo organizativo concreto: es también una meta cultural muy valiosa por sí misma. La red auto-generada, auto-desarrollada y autogestionada se convierte en un ideal cultural generalizado que proporciona no sólo un modelo efectivo de organización política, sino también un modelo para la reorganización global de la sociedad. El ideal de red se refleja en la proliferación de formas organizativas descentralizadas dentro de los movimientos por la justicia global, así como en el desarrollo de nuevos instrumentos autogestionados de comunicación y coordinación, como Indymedia, la Consulta Social Europea, un proceso para generar intercambio de información entre asambleas locales coordinada a nivel regional y global, o las innumerables listas de distribución de Internet establecidas durante los últimos años. El espíritu dominante tras esta praxis política emergente puede definirse ampliamente como anarquista o, según prefieren muchos activistas de Barcelona, como libertario<sup>25</sup>. Los principios anarquistas clásicos, como autonomía, autogestión, federación, acción directa y democracia directa, son algunos de los principales valores entre los sectores radicales del movimiento, y los activistas se identifican a sí mismos cada vez más como anti-capitalistas, anti-autoritarios o izquierdistas libertarios.

Yo alegraría, de todas formas, que estas subjetividades políticas no son necesariamente idénticas al anarquismo en sentido ideológico estricto, sino que comparten afinidades culturales específicas que giran en torno a valores más amplios asociados con las redes como ideal político y cultural emergente: acceso abierto, libre circulación de información, autogestión, y coordinación basada en la diversidad y la autonomía. A pesar de la extendida creencia popular, anarquismo no significa desorden completo. Uno de los principales hilos que unen las muy diversas tramas del anarquismo implica precisamente la importancia de la organización, aunque sea de una clase bien diferente: organización centrada en la participación de base desde abajo, en lugar del mando centralizado desde arriba. Como escribió Bakunin (1872) en una ocasión: «No queremos que la reconstrucción de la sociedad y la unificación de la humanidad se consigan desde arriba a partir de algún tipo de autoridad, sean funcionarios socialistas, ingenieros u otros hombres de acreditado conoci-



miento; queremos que se haga desde abajo» (citado en Ward, 1973: 22). Tras la Revolución Bolchevique, otro anarquista nacido en Rusia, Voline (1955)<sup>26</sup>, postulaba análogamente que «el principio de organización no debe partir de un centro creado de antemano para capturar el todo e imponerse sobre él sino, que, por el contrario, debe proceder de todas partes y crear nodos de coordinación, centros naturales que sirvan a todos esos puntos» (citado en Guerin, 1970: 43).

La lógica de redes del movimiento social contemporáneo con vínculos globales asume precisamente este concepto de la coordinación horizontal entre elementos autónomos. Colin Ward, anarquista británico contemporáneo, considera específicamente las federaciones anarquistas como redes descentralizadas, y explica que las comunas y los sindicatos deberían «federarse juntos no como las piedras de las pirámides, donde la mayor carga recae sobre el estrato inferior, sino como los eslabones de una red, la red de grupos autónomos» (1973: 26). El anarquismo recuerda de muchas maneras la lógica de red descentralizada del capitalismo informacional, como explica Ward (1973: 58): «La conclusión anarquista es que cualquier clase de actividad humana debería partir de lo local e inmediato, vincularse con una red sin centro ni institución directiva, y liberar nuevas células a medida que crecen las originales». Desde esta posición estratégica, no resulta sorprendente que el anarquismo, o el izquierdismo libertario más en general, se convierta en el carácter distintivo de la oposición en una era caracterizada por las redes descentralizadas. La «autopoyética» o red auto-producida (véase Luhmann, 1990) se convierte así en un poderoso modelo, que refleja una lógica de desarrollo abierta, basada en una multitud de componentes autónomos coordinados y que interactúan sin estructura intermediaria ni mando central.

Kropotkin (1905) defendía igualmente que en una sociedad sin gobierno, el orden y la armonía social se conseguirían a través del «ajuste y reajuste continuo del equilibrio entre multitud de fuerzas e influencias» (citado en Ward, 1973: 52). Mientras que el neoliberalismo gira en torno al ideal de mercado auto-regulado, el anarquismo suprime totalmente la mediación, planteando redes completamente autogestionadas y auto-reguladas. El punto clave, sin embargo, no es si las redes son autopoyéticas en sentido estricto, sino si la red auto-generada se convierte en referente cultural y político para la organización de una sociedad basada en conexiones horizontales, democracia directa y coordinación a través de la autonomía y la diversidad, para hackers, anarquistas y los activistas más radicales por la justicia global por igual<sup>27</sup>.

Este ideal emergente de red estaba especialmente vigente entre los activistas catalanes y españoles con los que trabajé durante mi estudio de campo en Barcelona. Por ejemplo, la Red de Ciudadanos por la Abolición de la Deu-

da Externa (RCADE), que contribuyó al nacimiento del MRG y continuó trabajando junto a él, utilizaba conscientemente la terminología de las redes informáticas para caracterizar su estructura organizativa. La «Red», como se la conoce popularmente, está compuesta por nodos locales, que son «espacios auto-definidos, autogestionados y auto-organizados». La coordinación superior se lleva a cabo mediante reuniones periódicas de nodos regionales y estatales, así como encuentros anuales. La Red se creó especialmente con el fin de organizar una consulta nacional para preguntar a los ciudadanos si estaban a favor de la abolición de la deuda externa que las naciones en desarrollo debían al gobierno español. Como explicó un activista:

Nos organizamos como nodos usando la nomenclatura de Internet. Fue algo completamente nuevo porque estábamos pensando en términos de red. Los nodos eran los espacios donde se producía y se hacía pública la información, la encarnación física de Internet, lo que ahora podríamos llamar grupos de afinidad. Tomamos la idea, no de una plataforma —no queríamos trabajar como una plataforma— sino de una red (entrevista, 12 de junio, 2002)

El objetivo político general no era abolir la deuda externa, sino expandir la propia Red, junto con su modus operandi de democracia directa, como explica un documento de la RCADE: «La Red es un instrumento para la creación de un tejido social, lo que llevamos a cabo en nuestros contextos locales [...] La democracia participativa no es sólo un tema transversal en nuestro funcionamiento, sino que constituye nuestro modelo de [...] actuación»<sup>28</sup>. Este ideal de red surgió de muchos sectores activistas por todo el Estado español durante la segunda mitad de la década de los noventa, y llegó a convertirse en parte importante del espíritu de los movimientos por la justicia global, como explicaba una activista del MRG: «La gente del siglo XXI, con su discurso de postmodernidad, siempre está hablando de “redes de redes de redes”, pero para mí la construcción de esas redes representa el mundo que queremos crear» (entrevista, 11 de junio, 2002). Continuó definiendo su mundo ideal compuesto de «pequeñas comunidades auto-organizadas y autogestionadas, coordinadas entre ellas a escala mundial». Cuando preguntamos sobre redes a otro activista por la justicia global y *okupa* contestó: «La revolución también tiene que ver con el proceso; la manera en que hacemos las cosas [...] es también una alternativa al capitalismo, ¿no?» (entrevista, 2 de junio, 2002). Comparando específicamente la política tradicional con el ideal de redes, otro activista que colaboraba con el MRG describió las redes como la mejor manera de «equilibrar libertad y coordinación, autonomía con trabajo colectivo, auto-organización con eficacia» (entrevista, 30 de mayo, 2002). Los

instrumentos para el funcionamiento de las redes (como Indymedia, las listas de distribución electrónica, las páginas web interactivas, la Consulta Social Europea, o el Infoespacio de Barcelona) están específicamente diseñados para ayudar a la gente a «construir redes al ritmo que sea posible».

### *Conclusión: creación de laboratorios para la democracia*

En el proceso de utilización de nuevas tecnologías y prácticas reticuladas para comunicar, coordinar y (auto)organizarse, los activistas de la justicia global están creando nuevas formas de organización basadas en redes, que consideran la red como un ideal político y cultural emergente, Eric Raymond (1999: 224) ha descrito de la siguiente manera un teorema popular entre los ingenieros de programas: «Las organizaciones que diseñan sistemas están limitadas a producir diseños que son copias de las estructuras de comunicación de estas mismas organizaciones». No le falta razón. Las normas y formas de red emergentes en los movimientos por la justicia global (y entre los académicos también) no sólo se reflejan mutuamente, sino que también reflejan las transformaciones tecnológicas subyacentes mediatizadas por las prácticas humanas concretas, señalando a una dialéctica mayor entre normas culturales, formas organizativas y cambio tecnológico.

Los movimientos por la justicia global son fenómenos extremadamente diversos. Mientras algunos sectores marxistas y socialdemócratas promueven un retorno al Estado-nación como lugar para ejercer el control democrático sobre la economía global, otros apoyan una «globalización internacionalista desde abajo» (Brecher y otros, 2000), en la que los movimientos transnacionales representen a una emergente sociedad civil. Los activistas de redes más libertarias, sin embargo, consideran a los movimientos sociales como alternativas políticas concretas en sí mismas. Muchos ecologistas, *okupas*, y militantes anticapitalistas ponen el énfasis en la esfera local, mientras otros comparten la visión general de una red descentralizada, aunque globalmente coordinada, de comunidades autónomas autogestionadas. Lo que une a todos estos ideales es el compromiso para colaborar para que las personas establezcan un control democrático sobre sus vidas cotidianas. Alberto Melucci (1989: 75-76) sostiene que los movimientos sociales son signos que anuncian a la sociedad la existencia de un conflicto y desvelan el poder. En este sentido, los movimientos por la justicia global subrayan la creciente polarización social y económica, la destrucción ambiental y la dominación cultural que los activistas asocian con el actual régimen de globalización empresarial, donde el mercado se ha desligado de la sociedad (Polanyi, 1957).

El paso de la resistencia a los proyectos políticos alternativos suele generar acaloradas luchas micro-políticas entre los activistas, que habitualmente giran en torno a dos formas diferentes de practicar la democracia: una basada en la representación política dentro de estructuras permanentes y otra enraizada en la coordinación flexible y la participación directa a través de estructuras descentralizadas en red. Los partidos políticos, sindicatos y organizaciones formales de la sociedad civil actúan según una lógica representativa, en la que los movimientos sociales funcionan como grupos de presión desde la base hacia los actores institucionales, quienes en último término procesan e implementan las propuestas políticas. Según este punto de vista, los movimientos, los partidos y los sindicatos deberían trabajar juntos, cada uno desempeñando un papel distinto aunque complementario, como explicaba un delegado sindical de Barcelona: «Los movimientos sociales desempeñan el trabajo de base, concienciando a los ciudadanos, pero no pueden substituir a los partidos políticos [...] Cada uno debe conocer el papel que desempeña y el espacio social y político en el que actúa» (entrevista, 12 de junio, 2002).

Por otro lado, los movimientos radicales basados en redes han articulado un proyecto político más transformador, que trasciende tanto al mercado como al Estado. Durante un debate entre activistas catalanes y sus homólogos más institucionales en mayo de 2002, por ejemplo, un activista de la XCADE (la rama catalana de la Red de ciudadanos para la abolición de la deuda externa) criticó enérgicamente la lógica de la representación electoral, señalando que muy pocas personas se identifican con los partidos políticos: «Por eso estamos creando una nueva cultura política, una nueva forma de hacer política, basada en la participación ciudadana de base». Otro activista del Movimiento para la Resistencia Global confió más tarde que había dejado de votar cuando empezó a participar en los movimientos de base, explicando que «estoy construyendo un sistema político alternativo, lo cual es mucho más importante». Cuando pregunté específicamente a otro activista de XCADE qué forma política podría reemplazar a la democracia representativa, no se mostró muy seguro, pero opinaba que era importante crear un sistema de democracia más directa desde abajo:

Una de las cosas que me motiva más estos días es intentar imaginar cómo organizar la democracia en los comienzos del siglo XXI, partiendo de la nueva infraestructura tecnológica a nuestra disposición. ¿Cómo profundizar en nuestras prácticas democráticas locales —en el trabajo y nuestros barrios— y transferir ese espíritu al ámbito global?

Mientras que las formas democráticas de participación han estado ligadas históricamente a contextos locales, las nuevas tecnologías y prácticas reticuladas están facilitando experimentos novedosos con la democracia de base coordinada a escala local, regional y global. Para los activistas más radicales por la justicia global, las redes representan mucho más que una tecnología y una forma organizativa; también ofrecen nuevos modelos culturales para reconstituir radicalmente la política y la sociedad más en general. En este sentido, los movimientos de base estructurados en red pueden considerarse como laboratorios de democracia, que generan las normas y las formas políticas más apropiadas para la era de la información.

### Agradecimientos

Este capítulo está basado en el trabajo de campo realizado en Barcelona desde junio de 2001 hasta agosto de 2002, incluyendo viajes a Bruselas, Génova, Leiden, Madrid, Porto Alegre, Sevilla Estrasburgo y Zaragoza, como parte de mi tesis doctoral titulada «Activismo de la era digital: antiglobalización empresarial y lógica cultural de las redes transnacionales», terminada en mayo de 2004. Había realizado anteriores trabajos de campo en San Francisco, Praga y Seattle, entre noviembre de 1999 y junio de 2001. La investigación en Barcelona y el posterior trabajo escrito fueron financiados por una beca doctoral de investigación de campo de la Fundación Wenner-Gren para la Investigación Antropológica, una beca procedente del Consejo de Investigación de Ciencias Sociales (con fondos de la Fundación Andrew W. Mellon), y una beca Simpson Memorial del Instituto de Estudios Internacionales de la Universidad de California, Berkeley. Me gustaría agradecer a Manuel Castells y Aihwa Ong por sus valiosos comentarios sobre anteriores borradores.

### Notas

<sup>1</sup> Tomando distancia de gran parte de la literatura antropológica sobre redes (cfr. Latour, 1987, 1993; Riles, 2000), utilizo una metodología basada en la práctica, que examina la construcción de redes sociales concretas por actores humanos en escenarios específicos. El análisis (post) estructural de Riles es principalmente formal, mientras que Latour ilustra sobre el modo en que se movilizan los recursos, se negocian las alianzas y se trasladan las ideas en las redes de actores, pero no investiga las prácticas específicas mediante las cuales las redes se inscriben en contextos sociales, políticos y económicos mayores. Bockman y Eyal (2002) ofrecen una interpretación de la teoría de la red de actores mucho más asentada social e históricamente. Del mismo modo, recientes enfoques sociológicos han explorado la estructura de redes, la movilización de recursos y la circulación de significado en las redes de activistas locales transnacionales (cfr. Smith y otros, 1997; Keck y Sikkink, 1998; Diani y McAdam, 2003), pero aún deben estudiar las prácticas específicas a través de las que se generan tales redes. El estudio de Mische (2003) sobre cómo las prácticas de conversación constituyen las redes de activistas representa una importante excepción.

<sup>2</sup> Como los *habitus* de Bourdieu, mi utilización de la lógica cultural implica una serie de disposiciones interiorizadas, determinadas por las condiciones sociales, económicas y políticas, que generan prácticas concretas. Sin embargo, a diferencia del *habitus*, no son tan mecánicas ni están tan profundamente consolidadas, por lo que pueden combatirse y transformarse mediante la lucha cultural, la innovación o la interacción en diferentes campos sociales.

<sup>3</sup> Andrew Barry (2001: 15) ha criticado recientemente la metáfora de la red, sugiriendo que «puede provocar un sentido ilusorio de rigidez, orden y estructura; y puede ocultar las desigualdades del tejido y las fisuras, fracturas y lagunas que contiene y crea». Al trasladar el énfasis de la estructura de la red a las prácticas de red, que suponen múltiples micro-luchas políticas, mi trabajo aclara específicamente la naturaleza fluida, desigual y contradictoria del proceso de formación de redes. Además, como veremos, los activistas de base en Barcelona suelen diferenciar las redes difusas y fuertemente descentralizadas de las formas organizativas que consideran más rígidas y estructuradas.

<sup>4</sup> Barry (2001: 102) presenta también una distinción entre lo político y lo tecnológico, solicitando prudencia al usar la metáfora de las redes para caracterizar tanto la política como la tecnología. Aunque su postura en relación con el peligro de la fusión analítica está bien justificada, yo examino específicamente la manera en que las redes que actúan en múltiples dominios se configuran unas a otras, por mediación de lógicas y prácticas concretas.

<sup>5</sup> Barry (2001: 87) llega a similares conclusiones a partir de su investigación en la Unión Europea (UE), señalando que: «Las redes no reflejan tanto la realidad social, política y tecnológica, sino que proporcionan un diagrama sobre la base del cual puede reimaginarse y remodelarse la realidad: son los modelos del futuro político». Para las autoridades de la UE, las redes representan un modo de gobierno que va más allá de la oposición entre mercado y Estado. Para muchos activistas radicales por la justicia global, las redes representan una forma directamente democrática de autogestión que trasciende al mercado y al Estado juntos.

<sup>6</sup> El primer Encuentro Intercontinental se celebró en Chiapas en 1996. Para más información sobre el PGA, véase: <http://www.nadir.org/nadir/initiativ/agp/>. Para más información relativa al Primer y al Segundo Encuentro Internacional por la Humanidad y contra el Neoliberalismo, véase <http://www.geocities.com/CapitolHill/3849/gatherdx.html>, y <http://www.eco.utexas.edu/faculty/Cleaver/dailyreports.html>.

<sup>7</sup> El Independent Media Center (IMC), o Indymedia, fue presentado inicialmente en Seattle como una fuente alternativa de información y noticias para activistas. La red se ha expandido desde entonces junto con los movimientos por la justicia global, y existen en la actualidad cientos de sitios autónomos por todo el mundo.

<sup>8</sup> El proceso de la Red de Acción Directa Continental llegó a un punto muerto al año siguiente de los acontecimientos de Seattle.

<sup>9</sup> MRG-Cataluña resultó más sostenible, dedicándose a coordinar actividades, encuentros y acciones desde poco antes de la movilización de Praga hasta enero de 2003, cuando los activistas «auto-disolvieron» la red como respuesta a un descenso en la participación y como declaración política en contra de la reproducción de estructuras rígidas.

<sup>10</sup> Véase <http://www.nadir.org/nadir/initiativ/agp/s26/index.htm>.

<sup>11</sup> Para más información relativa al Foro Social Mundial, véase <http://www.wsfindia.org/>.

<sup>12</sup> Esta rama de la izquierda «libertaria» debe distinguirse de la variedad prevalectante en Estados Unidos. La primera implica una crítica radical al mercado y al Estado, mientras la segunda se centra en limitar el papel del Estado con el fin de liberar el potencial dinámico del libre mercado.

<sup>13</sup> Para análisis académicos de los movimientos sociales transnacionales, redes de defensa transnacionales y movimientos sociales globales, véase Smith y otros (1997), Keck y Sikkink (1998) y Cohen y Rai (2000), respectivamente.

<sup>14</sup> Los colectivos de arte político que actúan en Estados Unidos, como Arte y Revolución, o Bread and Puppets Theatre (Teatro de pan y marionetas), se han especializado en el uso de grandes muñecos coloridos y teatro dinámico de calle durante las protestas de masas. El grupo ubicado en Gran Bretaña, Reclaim the Streets (Recuperad las calles), surgió en la década de los noventa, cuando los activistas comenzaron a organizar fiestas improvisadas en las calles y festivales de resistencia que formaban parte de una crítica cultural más amplia de la sociedad de consumo dominada por las grandes empresas.

Desde entonces se han organizado fiestas similares en las calles de todo el mundo. El Black Bloc (Bloque negro) se relaciona con un conjunto de prácticas empleadas por agrupaciones de vínculos débiles de grupos de afinidad que a menudo atacan propiedades de las empresas que simbolizan para ellos al capitalismo. Los militantes del Black Bloc se inspiran en la estética de los grupos autónomos alemanes: pañuelos cubriendo la cara, pantalones gastados procedentes de excedentes militares, sudaderas con capucha y botas militares, todo de color negro. Por último, las tácticas de los Monos blancos fueron desarrolladas por el grupo de Milán ¡Ya Basta!, y se basan en formas de acción en las que grupos numerosos bien organizados de activistas avanzan protegidos con grandes escudos de plástico hacia las líneas de la policía, hasta llegar al contacto corporal a base de presión y empujones.

<sup>15</sup> En general, las redes pueden definirse como conjuntos de «nodos interconectados» (Castells, 1996: 469), que pueden asumir cualquier tipo de forma estructural en función del modelo específico de conexiones que manifiestan.

<sup>16</sup> Wellman (2001) afirma que el cambio hacia las relaciones personalizadas, donde el individuo se convierte en la unidad básica de conexión, constituye una nueva forma de «individualismo en red» (cfr. Castells, 2001: 129)

<sup>17</sup> Véanse los siguientes sitios web: [www.agp.org](http://www.agp.org), [www.wsfndia.org](http://www.wsfndia.org), y [www.attac.org](http://www.attac.org).

<sup>18</sup> Para más información, véase <http://c2.com/cgi/wiki>.

<sup>19</sup> Véase [www.indymedia.org](http://www.indymedia.org).

<sup>20</sup> Kevin Hetherington (1998: 123) se refiere de forma más general a los «utopistas» que «trasladan a la práctica el punto de vista utópico sobre la sociedad y el orden moral que desean proyectar, materializando las ideas sobre la sociedad ideal en lugares particulares». La «utopía informativa» se refiere específicamente a la encarnación de visiones utópicas mediante prácticas innovadoras de redes que suponen experimentación con las nuevas tecnologías de la información.

<sup>21</sup> Citado en un artículo escrito por un activista del MRG titulado «La Organización del MRG», publicado en la edición de febrero-marzo de *EIMA*, una revista activista catalana.

<sup>22</sup> Citado en un documento producido por activistas del MRG referente a la identidad, estructura y funcionamiento de la red que circulaba en la lista de distribución [global@ldist.ct.upc.es](mailto:global@ldist.ct.upc.es) (18 de octubre de 2000).

<sup>23</sup> Véase el principio organizativo nº 1 de la red PGA: [www.nadir.org/nadir/initiativ/agp/cocha/principles.htm](http://www.nadir.org/nadir/initiativ/agp/cocha/principles.htm).

<sup>24</sup> Véase los principios básicos del PGA en [www.nadir.org/nadir/initiativ/agp/gender/desire/nutshell.htm](http://www.nadir.org/nadir/initiativ/agp/gender/desire/nutshell.htm).

<sup>25</sup> Véase nota 12.

<sup>26</sup> «Voline» era el pseudónimo utilizado por V. M. Eichenbaum.

<sup>27</sup> Aunque Varela (1981) sostiene que la autopoietica no puede trasponerse directamente a la sociedad, otros teóricos la han utilizado para caracterizar los sistemas sociales (Benseler y otros, 1980; Luhmann, 1990).

<sup>28</sup> Citado en una propuesta organizativa presentada en el Quinto Encuentro RCADE (12-14 de octubre de 2001).

### Bibliografía

- APPADURAI, ARJUN (1996) *Modernity at Large: Cultural Dimensions of Globalization*. Minneapolis, MN: University of Minnesota Press.
- ARQUILLA, JOHN y RONFELDT, DAVID (2001) *Networks and Netwars*. Santa Monica, CA: Rand.
- BAKUNIN, MICHAEL (1872) «Letter to the Internationalists of the Romagna,» January 28.
- BARRY, ANDREW (2001) *Political Machines: Governing a Technological Society*. London: The Athlone Press.

- BECK, ULRICH, GIDDENS, ANTHONY, y LASH, SCOTT (1994) *Reflexive Modernization: Politics, Tradition and Aesthetics in the Modern Social Order*. Stanford: Stanford University Press.
- BENSELER, FRANK, HEJL, PETER M., y KOCK, WOLFRAM K. (1980) *Autopoiesis, Communication and Society: The Theory of Autopoietic Systems in the Social Sciences*. Frankfurt and New York: Campus.
- BOCKMAN, JOHANNA y EYAL, GIL (2002) «Eastern Europe as a Laboratory of Economic Knowledge,» *American Journal of Sociology* 108 (2): 310-52.
- BRECHER, JEREMY, COSTELLO, TIM, y SMITH, BRENDAN (2000) *Globalization From Below: The Power of Solidarity*. Cambridge, MA: South End Press.
- CASTELLS, MANUEL (1996) *The Rise of the Network Society*. Oxford: Blackwell.
- (1997) *The Power of Identity* (2nd edn, 2004). Oxford: Blackwell.
- (2000) «Materials for an Exploratory Theory of the Network Society,» *British Journal of Sociology* 51(1): 5-24.
- (2001) *The Internet Galaxy: Reflections on the Internet, Business, and Society*. Oxford: Oxford University Press.
- CLEAVER, HARRY (1995) «The Zapatistas and the Electronic Fabric of Struggle» (<http://www.eco.utexas.edu/facstaff/Cleaver/zaps.html>).
- COHEN, JEAN L (1985) «Strategy or Identity: New Theoretical Paradigms and Contemporary Social Movements,» *Social Research* 52: 663-716.
- COHEN, ROBIN y RAI, SHIRIN M. (eds.) (2000) *Global Social Movements*. New Brunswick: The Athlone Press.
- COLLINS, RANDALL (2001) «Social Movements and the Focus of Emotional Attention,» in Jeff Goodwin, James M. Jasper, y Francesca Polletta (eds.), *Passionate Politics: Emotions and Social Movements*, pp. 27-44. Chicago: University of Chicago Press.
- DELUCA, KEVIN MICHAEL (1999) *Image Politics: The New Rhetoric of Environmental Activism*. New York: Guilford Press.
- DIANI, MARIO (1995) *Green Networks: A Structural Analysis of the Italian Environmental Movement*. Edinburgh: Edinburgh University Press.
- y MCADAM, DOUG (eds.) (2003) *Social Movements and Networks: Relational Approaches to Collective Action*. Oxford: Oxford University Press.
- GERLACH, LUTHER P. (2001) «The Structure of Social Movements: Environmental Activism and its Opponents,» en John Arquilla y David Ronfeldt (eds.), *Networks and Netwars*, pp. 289-310. Santa Monica, CA: Rand.
- y HINE, VIRGINIA H. (1970) *People, Power, Change: Movements of Social Transformation*. Indianapolis: Bobbs-Merrill.
- GIDDENS, ANTHONY (1991) *Modernity and Self-identity: Self and Society in the Late Modern Age*. Stanford: Stanford University Press.
- GUERIN, DANIEL (1970) *Anarchism: From Theory to Practice*. New York: Monthly Review Press.
- HANDELMAN, DON (1990) *Models and Mirrors: Towards an Anthropology of Public Events*. Cambridge: Cambridge University Press.
- HETHERINGTON, KEVIN (1998) *Expressions of Identity: Space, Performance and Politics*. Thousand Oaks, CA: Sage.

- HIMANEN, PEKKA (2001) *The Hacker Ethic and the Spirit of the Information Age*. New York: Random House.
- JAMESON, FREDRIC (1991) *Postmodernism, or the Cultural Logic of Late Capitalism*. Durham, NC: Duke University Press.
- KAPFERER, BRUCE (1973) «Social Network and Conjugal Role in Urban Zambia: Towards a Reformulation of the Bott Hypothesis,» en Jeremy Boissevain y J. Clyde Mitchell (eds.), *Network Analysis*. The Hague: Mouton.
- KECK, MARGARET y SIKKINK, KATHERINE (eds.) (1998) *Activists Beyond Borders: Transnational Advocacy Networks in International Politics*. Ithaca, NY: Cornell University Press.
- KROPOTKIN, PETER (1905) «Anarchism,» en *Encyclopaedia Britannica*, 11th edn.
- LATOUR, BRUNO (1987) *Science in Action: How to Follow Scientists and Engineers Through Society*. Philadelphia: Open University Press.
- (1993) *We Have Never Been Modern*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- LUHMANN, NIKLAS (1990) *Essays on Self-reference*. New York: Columbia University Press.
- MELUCCI, ALBERTO (1989) *Nomads of the Present: Social Movements and Individual Needs in Contemporary Society*. Philadelphia: Temple University Press.
- MILLER, DANIEL y SLATER, DON (2000) *The Internet: An Ethnographic Approach*. Oxford: Berg.
- MISCHE, ANNE (2003) «Cross-talk in Movements: Reconceiving the Culture-Network Link,» en Mario Diani y Doug McAdam (eds.), *Social Movements and Networks: Relational Approaches to Collective Action*, pp. 258-80. Oxford: Oxford University Press.
- NELSON, DIANE (1999) *A Finger in the Wound: Body Politics in Quincentennial Guatemala*. Berkeley, CA: University of California Press.
- ONG, AIHWA (1999) *Flexible Citizenship: The Cultural Logics of Transnationality*. Durham, NC: Duke University Press.
- POLANYI, KARL (1957) *The Great Transformation*. Boston: Beacon Press.
- RAYMOND, ERIC (1999) *The Cathedral and the Bazaar: Musings on Linux and Open Source by an Accidental Revolutionary*. Cambridge, MA: O'Reilly.
- RILES, ANNELISE (2000) *The Network Inside Out*. Ann Arbor: University of Michigan Press.
- ROBERTSON, ROLAND (1995) «Glocalization: Time-Space and Homogeneity/Heterogeneity,» en Mike Featherstone, Scott Lash, y Roland Robertson (eds.), *Global Modernities*, pp. 25-44. London: Sage.
- RONFELDT, DAVID, ARQUILLA, JOHN, FULLER, GRAHAM E., y FULLER, MELISSA (1998) *The Zapatista «Social Netwar» in Mexico*. Santa Monica, CA: Rand.
- ROUTLEDGE, PAUL (1994) «Backstreets, Barricades, and Blackouts: Urban Terrains of Resistance in Nepal,» *Environment and Planning D: Society and Space* 12: 559-78.
- (1998) «Going Globale: Spatiality, Embodiment and Mediation in the Zapatista Insurgency,» en Simon Dalby y Gearoid O'Tuathall (eds.), *Rethinking Geopolitics*, pp. 244-60. London: Routledge.
- SASSEN, SASKIA (1991) *The Global City: New York, London and Tokyo*. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- SMITH, JACKIE, CHATFIELD, CHARLES, y PAGNUCCO, RON (eds.) (1997) *Transnational Social Movements and Global Politics*. Syracuse: Syracuse University Press.
- VARELA, FRANCISCO J. (1981) «Describing the Logic of the Living,» en Milan Zeleny (ed.), *Autopoiesis: A Theory of Living Organization*, pp. 36-48. New York: North Holland.
- VOLINE (1955) *The Unknown Revolution*. New York: Libertarian Book Club.
- WARD, COHN (1973) *Anarchy in Action*. London: Freedom Press.
- WELLMAN, BARRY (2001) «Physical Place and Cyberspace: The Rise of Personalized Networking,» *International Journal of Urban and Regional Research* 25(2): 227-52.
- y HAYTHORNTHWAITE, CAROLINE (eds.) (2002) *The Internet in Everyday Life*. Oxford: Blackwell.